

LA TEOLOGÍA DE UN BURRO

Javier Ortiz Tirado Kelly

Érase una vez un burro que casi nada tenía de particular. Ni qué decir que poseyera por lo menos alguna de las tantas cualidades del Platero de Jiménez, como su pelambre algodónado o su trotecillo rítmico y alegre. Lo único especial de nuestro despeinado asno es que practicaba la teología... y aunque de esto tenía una seguridad muy íntima, por no decir personal, y no hacía alarde de ello, no obstante nadie le creía.



—A ver burrito, ¿en qué universidad estudiaste? —se burlaban de él.

Pero prefería callar, porque ni modo que les dijera la verdad de que en ninguna universidad, ni instituto, están capacitados para impartir teología a los burros. Ya era mucho que algunos lo elogiaran por hablar latín, pero de ahí a que le reconocieran el talento que afirmaba tener, había una enorme distancia. Cansado de tantos intentos frustrados, un día se prometió a sí mismo que haría hasta lo imposible para que lo recibiera el Papa.

—¿Pero acaso era necesario molestar a un personaje tan importante y ocupado? —se preguntó—. Por supuesto —se respondió—, es primordial lo que debo manifestarle.

—Su Eminencia ilustrísima —dijo el secretario al cardenal—, aún permanece en la antesala algo que no acierto a anunciarle...

—Pues acierte usted, hermano, que el tiempo apremia.

—Es un burro...

—¿Quééé?!

—Perdone Su Eminencia ilustrísima...

—¿Cómo se atreve?! Mire que decir

que soy un burro...

—Por Dios Su Emi...

—¿Qué no sabe que soy triple doctor en filosofía, teología y ciencias y técnicas para el hermenéutico depósito de la fe?

—Por supuesto que lo sé, Su Eminencia i...

—Al grano.

—Que es un burro...

—iii¿¿¿Quééé???!!

—No usted, que un burro lo espera.

—¿Que un burro me espera? ¿Pues qué podrá querer un burro a esta hora?

—No lo sé Su Eminencia ilus...

—Que pase el burro, dígame que pase... Pero, ¡por Dios!, ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo que un burro?

—Si Su Eminencia y, además, un burro que habla.

—¿Cómo es que puede hablar un burro?

—Pues así nomás, Su Eminencia, habla, y habla con toda la vehemencia del caso.

—¿De cuál caso?

—Pues nada menos de que lo quiere ver a Usted, Su Eminencia ilus...

—Nunca antes me había pedido audiencia un burro, habrase visto, pero que pase, qué le vamos a hacer, un burro queriendo entrevistarse con un cardenal... el mundo que nos está tocando vivir, hermano...

—Entonces, ¿qué pase?

—Sí, que pase. No, espere, ¿y qué querrá el buen borriquillo? ¿No querrá acaso una recomendación para el circo romano?, ja, ja, ja.

—Lo bueno es que conserva Su Eminencia Su buen humor de siempre. Pero no, Su Eminencia, el borriquillo quiere audiencia con el Papa.

—iii¿¿¿Quééé???!!

—Sí... porque... ha de saber Su Emi... que el burro es un teólogo.

—Cómo se atreve, hermano. ¿Desde cuándo en esta Sede se les dice burros a los teólogos?

—Nunca, Su Eminencia, pero éste se atreve a decírselo a sí mismo...

—En fin, que pase el teólogo burro.

—Al revés, Su Eminencia, el burro teólogo.

—Pues da igual, a estas horas, que pase lo que sea, antes de que comience a rebuznar...

El pobre burrito, evidentemente, no logró la audiencia con Su Santidad. Decidió que de todos modos pondría a trabajar su talento. Era su única herencia familiar. Su padre había sido teólogo, su abuelo también, su bisabuelo y hasta su tata tata abuelo. El asombro ante un acontecimiento único, había sido el núcleo desencadenante de su talento teológico. ¿Pero qué suceso podía haber sido tan poderoso, al grado de hacer que toda una serie de generaciones de asnos se convirtieran en la única dinastía de burros teólogos que ha habido en el mundo? La clave estaba en la biografía del patriarca fundador.

Cuenta nuestro querido borrico que nadie hubiese imaginado jamás que aquel familiar suyo, siendo tan normal de pronto se convirtiera en un ser tan importante. Le tocó, como suele decirse, encontrarse en el sitio correcto y en el momento exacto. Algo vio que lo transformó por completo. Una sola visión capaz de emocionar tanto a un burro, al grado de hacerlo pensar, hablar y hasta hacer su propia escuela de teología. Únicamente cabía pensar que había existido una emoción tan humanizante, una sola, capaz de desencadenar este milagro. Por cierto, aquel familiar de nuestro hermano asno pastaba tan despreocupadamente, cuando en aquel pesebre de un pueblito llamado Belén...